

Del fuera de campo: Ocho estaciones en la orilla con perros y fieltros en el borde

Mario Opazo Cartes

1

[...]

Yo escribo: Hace tiempo visito a las meninas, por visitar al perro que está pintado en primer plano. Un perro tranquilo, más que próximo, cercano. Me he detenido en la vida en ese perro; confieso que en ocasiones lo extraño, he viajado de Barcelona a Madrid o de Zaragoza o del campo, solamente a mirarlo. Llevo años visitándolo. Les digo a mis alumnos: “cuando el perro del cuadro me ve, bate su cola por un rato”.

Fue hace años. Un día me detuve en *Las meninas* (ver imagen en la p. 4) y, de tanto estar frente al cuadro, ya a punto de ver mi propia imagen mirando, me deslicé entre acciones suspendidas, entre reflejos e intervalos y vi que, a diferencia de los personajes del cuadro, el perro calla; o sea, no narra, es soporte de una acción, no es acción de querer ser algo distinto, es pose, permanencia, quietud, es el medio por sí mismo, pintura, presencia en la tranquilidad de su reino, la imagen de la pintura en sí, serena la pintura. Sin embargo, en la quietud el perro mira el borde, el límite, el marco; el perro desliza la mirada del que mira hasta llegar a nuestro suelo, desliza la mirada sobre todos los perros de la vida, perro sin tiempo, sin historia, sin relato, sin cronómetro ni años, fuera de los siglos, sin vestido, sin lengua, instinto sin edad, perro que salta del barroco a la duración, al tiempo cualidad que lo hace canino, peludo, tibio e infinito, pictórico, se hace perro para siempre, va y viene, como una fuerza indiferente al relato contenido. Un



© Museo Nacional del Prado. Diego Velázquez, *Las meninas* (detalle), 1656, óleo sobre lienzo, 3,18 x 2,76 m.

perro, el mismo perro, ¿quién no ha visto un perro?, ¿hay que entender un perro?

Un personaje pequeño de aspecto infantil pero adulto, un liliputiense, apoya su pie el lomo del mastín y en ese apoyo nos apoyamos, como frenando un posible brinco, permanecemos en el perro, este mira el límite, el intervalo que nos une, es conexión en el marco, nos encontramos con el cuadro en el perro, es pasaje, interfaz, medio, intervalo, estación. Está tan allá como acá, es cercano, va y viene, guardián del pasaje, del umbral, medio que condensa que acompaña en el margen, en el borde donde clava su mirada soñolienta, el borde que es el punto de apoyo para saltar al abismo.

Mario Opazo Cartes es un artista y poeta chileno. Se desempeña como profesor de la Universidad Nacional de Colombia donde coordina la Maestría de Artes Plásticas y Visuales. El texto aquí publicado es un fragmento de su tesis “Máquinas de la duración. 4.º Máquina de la duración (Principio Último)”, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008, pp. 81, 82.